Sobre las etimologías griegas del diccionario académico

Permítaseme, al comenzar esta modesta aportación, una anécdota sentimental. A mediados de 1953 recibí una llamada del inolvidable don Julio Casares en que solicitaba mi colaboración. Se trataba de que la muerte de mi padre, don Emilio Fernández Galiano, había dejado interrumpida la corrección de pruebas de la edición del diccionario que entonces se estaba preparando. Mi padre, con enorme ilusión y tenacidad, aprovechó los pocos años en que le fue dado contarse entre los académicos para rehacer de una manera sustancial todos los artículos zoológicos, botánicos, fisiológicos, etc., muchos de los cuales, naturalmente, presentaban errores o conceptos anticuados.

Al morir él en 1953, se hacía preciso que alguien concluyera su labor. Y, como yo soy totalmente lego en dichas materias, convine con Casares en que, aparte de una revisión puramente tipográfica de lo modificado por mi padre, daría un repaso, sin alterar mucho la composición, a las etimologías griegas. Así lo hice, y gracias a ello puedo ser más breve y positivo. Quiero que estas palabras sean no sólo homenaje filial, sino también testimonio de admiración a quien con tanto tino, tanta pericia y tan buena voluntad colaboró con la Academia en aquellos años. Los meses posteriores trajeron a su familia una gran alegría: la preciosa, impagable necrología de don Gregorio Marañón, hombre bueno siempre en toda la extensión de la palabra hoy tan desgastada. Y también un gran dolor del que no quiero hablar aquí. Paz a los muertos.

Me parece que todavía había bastante que mejorar en las etimologías griegas y considero útil una calicata en este

sentido. Debo decir, ante todo, que el material etimológico en general es hoy fidedigno y que solamente a aspectos por lo regular muy técnicos se refieren las enmiendas que propongo. He elegido como base de mi estudio la letra A por ser la primera, por ser larga y porque contiene muchos vocablos que hacen al caso: a esta letra corresponden, en efecto, los derivados o analógicos de palabras con prefijo negativo a- o an-, preposiciones amphi-, ana-, antiy apo-*, primeros elementos de compuestos tan importantes como archi- y auto-, palabras con el artículo árabe al-. etcétera. En algunos aspectos me he salido un poco más de la A con el fin de aprovechar el material inicial de una serie de trabajos que preparo con mis alumnos y de los que es buena muestra la memoria de Licenciatura presentada por la catedrática Conchita Morales y titulada Los helenismos de tipo médico en la lengua española.

Y entramos ya en materia para señalar ante todo que deben ser eliminadas o, al menos, expuestas con cautela ciertas etimologías falsas o muy dudosas, producto de la tendencia, muy típica de los siglos XVIII y XIX, a buscar siempre ilustres precedentes, a ser posible griegos o incluso hebreos, a muchos vocablos de origen oscuro.

La abroma es una esterculiácea tropical. El DLE sugiere el prefijo privativo y brōma «alimento». ¡Pero eso podría ser el nombre de todo lo que no se come, y además dicho prefijo no se emplea ante sustantivos! Diré de paso que no es admisible tampoco que broma «chanza» proceda de brōma (¡se trataría de bromas de sobremesa!), mientras que, en cambio, broma «molusco que deteriora las naves» sí tiene el antecedente de brōma «caries» en Hipócrates y «corrosión» en los LXX; san Isidoro traduce como edacitas.

El alboquerón es nombre de una crucífera. Alix, según nos informa Corominas, pensó en el artículo árabe y una

^{*} Por razones técnicas hemos preferido transliterar todos los vocablos griegos —incluso los que en el DLE aparecen en caracteres griegos—. Reconocemos la dificultad de llevar a los caracteres latinos todos los detalles de los términos griegos: diferencia entre ómikron y oméga, épsilon y éta, entre otros. Pero nos ha parecido más sencillo y fácil la transliteración. En general hemos seguido en ello las normas que expusimos en nuestro artículo 'Sobre un proyecto de transliteración del griego clásico', en Antidoron Hugoni Henrico Paoli oblatum, Génova 1956, 124-36.

palabra de dicha lengua que designa a una gramínea. El *DLE* habla del gr. *boúkeron* (también existe *boúkeras*), denominación de la alholva o fenogreco, una papilionácea. Estas disparidades botánicas no animan a defender esa relación.

En Andalucía se llama *alfeñique* a la valeriana; Corominas niega que esté aquí el artículo árabe con *phoinix* «púrpura» y cree más bien en parentesco con *alfeñique* «delicado», etc.

A alferecía da el DLE origen árabe citando al-fāliŷiyya «hemiplejía», «del gr. plēxía». Esta es una de las pocas palabras inventadas que aparecen en él: luego hablaré del tema. Eguílaz pensaba en epilēpsía, pero Corominas no encuentra el intermediario árabe.

La alidona es una «concreción lapídea que se suponía encontrarse en el vientre de las golondrinas». El *DLE* da como etimología *chelidōn* «golondrina». Muy raro todo, incluso la pérdida de la inicial.

Sobre almirón, nombre andaluz del amargón o diente de león, otra vez inventaría el DLE un gr. *myrón «el amargo» si no fuera porque, a la vista de ediciones anteriores, se descubre que a lo que verdaderamente quiere referirse el diccionario es a halmyrós, no «amargo», sino «salado». Mejor es la tesis de Corominas: l analógica sobre un lat. *amārio derivado de amārus.

Anacardo está remitido a un inexistente gr. *anákardos de aná y kardía; pero lo que sí existe es onokárdion «ajonjera», que, como dice Corominas, ya el bajo latín modificó por etimología popular en anacardus.

A una tela de seda grosera se llamaba antiguamente anafaya, que el DLE relaciona, a través del ár. an-nafāya, con gnaphállion (no *gnaphálion) «siempreviva», de que se haría una especie do fomento. La semántica es confusa. Corominas prefiere emparentarlo con añafea «papel de estraza».

Es sumamente curioso el caso de árnica, que el DLE hace derivar de lat. ptarmica y gr. ptarmiké. A mi parecer hay aquí una confusión de dos plantas: la Achillea ptarmica. L., citada ya por Dioscórides y Galeno, de flores blancas,

llamada en italiano tarmica y en castellano tármica o botón de plata, y la Arnica montana L., de flores amarillas, llamada en catalán talpica y en castellano estornudadera, flor de tabaco, tabaco de montaña, tabaco borde, estabaco y, naturalmente, árnica.

Me ha sido muy valioso el Dioscórides renovado de Font Quer (Barcelona 1962), que habla de la segunda planta en las páginas 826 a 829 y explica que don Antonio Sala y otros confunden los dos vegetales pensando, cosa difícil en nuestra lengua, que árnica viene de ptarmica, «de la misma manera —dice el gran botánico y enamorado de nuestra lengua— que los de la (generación) que ahora empieza a enverar dicen sicología en vez de psicología, como si psique no mereciera ya ningún respeto». Continúa contando que también Quer y Sallent escriben ármica como sinónimo del Arnica montana, lo cual le deja a él indeciso, pero a nosotros no. Evidentemente, tármica y árnica son derivaciones de dos palabras latinas respectivamente, ptarmica y arnica, pero ¿de dónde se deriva ésta?

Todo un grupo de palabras que llevan consigo ideas de «garfio, garra, gancho» han sido emparentadas con el griego. Arpar es puesto por el DLE en relación con el lat. harpe y gr. hárpē «hoz, cimitarra, anzuelo, arpa, halcón», pero no hay que ir tan lejos, dice Corominas, pues existe el fr. harper. El mismo origen da el DLE para arpella «ave rapaz», cuyo diminutivo indica origen catalán o transpirenaico. Y otra vez lo mismo con arpón, pero tenemos un fr. harpon.

El prestigio de ártos «pan» ha atraído a muchos lingüistas. Así, el DLE recurre a dicho vocablo para artalete «empanada», artanita «hierba llamada pamporcino», artera «instrumento para marcar el pan», artesa. El problema es, aparte de cuestiones semánticas y sufijales, cómo podrían haber venido estas palabras, pues ártos se especializa cada vez más para el santo pan de la Misa dejando el campo libre a psōmí en griego moderno. Corominas sugiere un contaminado fr. tartelette para el primer caso; el árabe 'arṭanitā para el segundo; origen prerromano (cf. los topónimos Artesa para lugares sitos en el fondo de hoyas, vasco artesi «grieta», etc.) para el último. En todo el pro-

blema resulta perturbadora la palabra jergal *artón* «pan»: Sainéan, citado por Corominas, hace notar otros posibles cultismos del caló, como *crie* «carne» de *kéras*, *ornie* «gallina» de *órnis*; más vale, sin embargo, observar cautela.

La hierba de santa María, especie de artemisa, es llamada atanasia, nombre que remite el DLE a athanasía «inmortalidad», a pesar de que el abstracto no encaja aquí; Corominas sugiere etimología popular a partir del bajo lat. tanacetum, denominación del Pyrethrum parthenium Sm. En cuanto a anastasia, nombre de la artemisa para el que DLE inventa un lat. *anastasia y un gr. *anastasía, se trataría de una deformación popular de la misma palabra.

En Asturias se denomina con el femenino atempa un tipo de pastizal. El DLE acude a un n. pl. lat. *tempe inexistente. Lo que sí hay es un n. pl. gr. Témpea > Témpē que designa un famoso valle y que se convirtió en nombre común témpea «valles» (cf. Teócr. I 67). Pero su etimología se relaciona con la raíz indoeuropea tem- «cortar» y no tiene que ver con la extensa familia prerromana que cita Corominas y que da nombre a peñas o montes.

Por último, ázoe, emparentado por el *DLE* con el prefijo privativo y zōé «vida». En cierto modo sí es así, pero a través de una falsa etimología basada en el fr. azote, que a su vez, según Corominas, procedería del cast. azogue.

Y aquí termina este muestrario. Como se ve, si sólo la A ha dado un grupo nutrido de palabras, es de suponer que las voces que deben ser modificadas en el *DLE* sean bastantes.

Entremos ahora en el campo de las etimologías más o menos seguras. Un principio que a mi parecer hay que observar siempre es el de la preferencia de la etimología latina sobre la griega. Quiero decir que, bien se trate de palabras muy antiguas entradas ya en el latín de Hispania, o de términos introducidos a través de la Iglesia en épocas tardorromana, visigótica y medieval, o de vocablos venidos al castellano por vía culta a partir de Alfonso el Sabio, conviene, salvo que existan motivos especiales de otro tipo, pensar como fuente en el intermediario latino atestiguado excepto en unas pocas palabras bien conocidas y generalmente muy modificadas de las que se sabe

que accedieron a nuestras lenguas peninsulares por contacto directo con lo griego, ya que, por desgracia, el uso también directo de libros o documentos escritos en dicha lengua queda excluido casi siempre. Mientras que en los siglos XVIII y XIX la cosa varía, pues durante ellos hay una corriente de neologismos importados por lo regular de lenguas técnicas extranjeras más inspiradas en el original griego.

Así se producen casos curiosos como el de *acróbata*, que tanto el *DLE* como Corominas consideran inspirado directamente en el gr. *akróbatos*; pero éste es un raro adjetivo de Nonno que no tiene nada que ver con acrobacias, mientras que en Vitrubio se lee *acrobates* y, si bien la palabra aparece como *acrobate* en el léxico dieciochesco de Terreros, lo cual podría inducir a ver un simple galicismo en el *acróbata* de nuestro XIX, el latín debe aquí ser muy tenido en cuenta.

Más claros todavía están otros casos. También en Vitrubio encontramos acrōtērium «pretil», evidente origen del acroterio atestiguado en 1761, mientras que el más antiguo acrotera, relacionado por el DLE con el n. pl. de dicha palabra, parece que puede muy bien ser galicismo inspirado en el fr. acrotère, derivación natural del singular. Otros vocablos venidos del latín: agáloco (agallochus en el Digesto), alfa (alpha en Varrón) analógico (analogicus en Gelio), anónimo (anōnymos en Plinio y Casiodoro), anfitrión (el DLE no habla ni del lat. Amphitryon ni del antecedente helénico de éste), arritmia (arrhythmia en Mario Victorino empleado en sentido no médico, como también el arrythmía de Platón, no conocido por el DLE), asiático. Igualmente el primer elemento archi- debería relacionarse no directamente con árchō, sino con el componente de, por ejemplo, archipīrāta (Cicerón), archimīmus (Suetonio), archimagīrus (Juvenal). Caso especial es el del mozárabe alpatana «utensilio de un molino harinero», donde el DLE remite a patáne «plato», pero sin mencionar el lat. patina «cazuela» que puede haber intervenido.

Hay, sin embargo, al menos dos casos en que, como decía, resulta más adecuada la etimología griega que la latina aun existiendo antecedentes en esta lengua. Aunque

al griego tardío askētérion responde el lat. jurídico ascētērium, la presencia de itacismo en el antiguo asciterio «monasterio», recogido por Berganza, hace pensar en transmisión a partir de lo bizantino. Algo similar ocurre con akēdía, empleado desde Hipócrates y muy frecuente en el léxico monástico para referirse al estado de apatía y atonía a que el diablo somete frecuentemente a los religiosos; en la Vulgata tenemos acēdia, en san Isidoro accidia, en italiano accidia, en francés accide; en el Libro de Alexandre hallamos acidia, con evidente huella del griego tardío.

Ahora, algunas palabras no atestiguadas, que sepamos, en latín e introducidas en castellano por vía culta a partir de vocablos griegos cuya mención sustituye el *DLE* por una descomposición etimológica: agalactia (agalaktía en el cómico Autócrates), anacanto (anákanthos en Heródoto), anión (craso error del *DLE* al descomponer en el privativo an-, con errata, y el participio ión cuando bastaba mencionar el también participio anión «que asciende»), aritenoides como nombre de un cartílago (llamado ya arytainoeidés en Galeno; hay errata también en arytaina). En dos cultismos al menos, anacreóntico y aticista, se hace caso omiso de los antecedentes clásicos; y en anagogía no se atiende a la existencia del gr. anagōgía.

También convendría fijarse especialmente en las concordancias o discordancias de sentido, pues como es lógico, no siempre la forma griega original significa lo mismo que la derivada castellana. Acracia hoy es «calidad de ácrata», pero su antecedente akráteia o akratía, citado por el DLE como los que aquí siguen, significa «incontinencia» o «debilidad»; agenesia es «esterilidad» o «desarrollo defectuoso», pero agennēsia es término teológico que quiere decir «calidad de no creado»; agrónomo es ahora «persona que profesa la agronomía», mientras que el adjetivo agronómos o agrónomos designa a las ninfas que recorren los campos, a los pastos, a los magistrados encargados del sector campestre en Las leyes de Platón; ametría es «falta de medida en los versos» y el gr. ametría (en el DLE hay una errata) significa «desmesura» o «infinitud», etc.

Entramos ya en uno de los capítulos de este estudio que considero más interesantes. Me parece, en efecto, que la etimología debe detenerse en la palabra latina cuando exista, sin remontarse a la griega ni menos añadir a ella la descomposición en componentes etimológicos, como se hace a veces. A esto solamente se ha de recurrir en casos raros y cuando problemas semánticos o de formación de palabras lo hagan necesario, pero generalizar el procedimiento es arbitrario, pues, si se remonta el etimólogo a través de dos lenguas, no hay razón ya para no llegar también al indoeuropeo y aun más allá. Esta no es misión de un capítulo que, como el de las etimologías, tiene que desempeñar papel muy austero y conciso dentro del léxico. Y de paso se evitarían muchas imprecisiones en estos problemas difíciles en que a veces cabe duda sobre la verdadera fuente, griega o latina, del préstamo.

Voy a dar, pues, una larga lista de palabras en que no es preciso llegar más atrás del latín. Citaré a veces la fuente en dicho idioma. Tenemos, pues:

abismo (probablemente de un superlativo vulgar *abyssimus formado sobre abyssus de Tertuliano);

abrótano (abrotonum en Horacio y abrotonus en Lucr.); academia (pero el acento castellano puede corresponder a Akadēmia frente a Akadémeia, origen del lat. acadēmīa, usado por Cicerón), académico (acadēmicus en Cicerón);

acantio (acanthion en Plin.), acanto (acanthus en Virg.);

acataléctico y acatalecto (acatalecticus y acatalectus), ácates, ágata y el onom. Águeda, que se remontan todos al lat. achātes, empleado por Plinio (el acento se debe, según Corominas, a la influencia de agathé «buena», pero yo creo más bien en la de nombres como Filágato o Epágato);

aciano, nombre de la Centaurea cyanus L. (la a-inicial resulta rara, quizá analógica de aciago, frente al cyanus de Plinio y el ciano mencionado por Terreros; en todo caso, el original griego no es kyáneos «azul», sino un kyanos que se utiliza para el lapislázuli, para la planta en cuestión y para un ave, la Petrocichlo cyanus L.);

acólito (acolūthos, pero también acolythus y acolytus; el acento sigue al griego en la forma castellana, pero Lope acentúa acolito);

acónito (aconītum en Virgilio; el acento sigue al griego akóniton);

acores (achor o acor; en griego es mejor el acento $\acute{a}ch\bar{o}r$), $\acute{a}coro$ (acoros o acoron);

acroamático (aunque acroamaticus sólo está en conjetura a Aulo Gelio);

adamante (adamas en Virgilio);

adarce (adarca en Plinio y adarce en Vegecio);

áfaca (aphaca y aphace en Plinio);

aforismo (aphorismus);

afrodisíaco o afrodisiaco (aphrodisiacus);

afronitro (aphronitrum en Plinio);

ágape (agape en Tertuliano);

agárico (agaricum en Plinio);

agérato (agēraton en Plinio);

agobiar (además no hay ninguna relación entre latín gubbus o gibbus y gr. kyphós);

agonía (agōnia, pero el gr. agōnía existe), agonista, agonistica, agonístico (agōnista en san Agustín, agōnisticus en Tertuliano), agonizar (pero el lat. agönizāre es de muy baja época);

aire (āer en Plauto, etc.);

ajenjo (absinthium en Plauto);

alabastrita y alabastro (alabastrītes y alabastrītis en Plinio; alabaster en Cicerón);

alcaicería, alcea (alcea en Plinio; el acento castellano es analógico);

alcino (acinos en Plinio; el acento y el al- inicial son analógicos);

alectoria (alectoria en Plinio, sin que conste el precedente griego);

alegoría y alegórico (allegoria en Quintiliano y allegoricus en Arnobio);

alexifarmaco (alexipharmacon en Plinio);

alfabeto (alphabētum en Tertuliano);

alisma (alisma en Plinio):

aliso (alvsson en Plinio):

almidón (amulum o amylum, en bajo latín amidum; ales analógico; el acento en la última, como en muchos neutros de la segunda);

```
almorrana (haemorrhois o hoemorrhoida);
   álos (aloe en Celso; el acento de cast. aloe puede pro-
ceder de gr. alóē);
   alopecia (alopecia en Plinio);
   alopecuro (alopecuros en Plinio);
   álsine (alsine en Plinio):
   altea (althaea en Plinio):
   amaracino (amāracinus en Lucrecio; el acento castellano
es, pues, analógico);
   amáraco (amāracus o amāracum):
   amaranto (amarantus en Tibulo):
   amatista (con la -a final debida a que el gr. améthystos
y el lat. amethystus eran femeninos por ser adjetivos de dos
terminaciones):
   amazona (con -a final para indicar sexo frente al lat.
Amāzon):
   ambligonio (ambligonius, pero debería haberse escrito
*amblygōnius);
   amebeo (amoebaeus: el DLE ofrece errata en el griego
de la voz ameba);
   amianto (amiantus en Plinio);
   amigdala (amygdala en Columela y Plinio);
   amnestía (amnestia; la voz cast. amnistía es moderna
y asimilatoria, no itacística);
   amodita (hammodytes en Lucano, con lo que se ve que
el acento es analógico);
   amomo (amōmum en Salustio);
   amoníaco o amoniaco (Ammoniacum en Celso):
   ampelita (ampelītis en Plinio, de la tercera declinación,
pero no se entendía una palabra en -itis que no fuera de
enfermedad):
  anabaptismo (anabaptismus en san Agustín);
  anacoreta (anachōrēta);
  anáfora (anaphora en Plinio);
  anagoge (anagoge en san Jerónimo);
  analectas (analecta en Marcial):
  analéptico (analepticus);
  analogía (analogia en Varrón); análogo (analogus en
Varrón):
```

```
anapéstico (anapdesticus), anapesto (anapaestus en Ci-
cerón):
   anástrofe (anastrophe en Carisio);
   anatema y anatematizar (anathema en Tertuliano y ana-
thematizare en san Jerónimo; acento analógico);
   anatomía v anatómico (anatomia y anatomicus);
   ancón (ancon en Vitrubio):
   áncora (ancora en Nevio; la palabra griega, equivocada
en el DLE, es ánkyra);
   anchoa (aphye en Plinio; hay errata en gr. aphye);
   andrógino (androgynus en Lucilio);
   androsemo (androsaemon en Plinio):
   aneldo (del diminutivo del anēthum de Virgilio):
   anemone o anemona (anemone en Plinio; el acento del
coexistente anémona es analógico):
   anfibio (amphibion de san Isidoro);
   anfibología (amphibología);
   anfibraco (amphibrachys de Quintiliano);
   anfimacro (amphimacrus de Quintiliano);
   anfipróstilo (amphiprostylos de Vitrubio; el acento es
incorrecto en todos los compuestos de este tipo, como hexás-
tilo, etc.);
   anfisbena (amphisbaena de Lucano);
   anfiscio (amphiscius de san Isidoro);
   anfiteatro (amphitheatrum de Vitrubio);
   ánfora (amphora de Nevio);
   angaria (angaria, con acento como si viniera no de
angareía, sino de angaría);
   ángel (angelus de Tertuliano);
   ánima y ánimo (es inexacto decir que anima y animus
vienen de ánemos);
   anis (anīsum de Catón);
   anodino (con acento analógico, pues el lat. es anodynon);
   anomalía (anōmalia en Varrón); anómalo (anōmalos);
   antagonista (antagonista en san Jerónimo);
   antártico (antarcticus);
   antia (femenino a partir del masc. anthias de Ovidio);
   antibaquio (antibacchius);
   anticristo (antichristus):
   antidáctilo (antidactylus de Mario Victorino);
```

```
antidoto (antidotum de Celso y antidotus de Gelio):
   antifona (pero habría que advertir que antiphona es
muy tardío: obsérvese el acento incorrecto como en telé-
fono, micrófono, etc.):
   antifrasis (antiphrasis en Carisio):
   antinomia (antinomia en Quintiliano):
   antipatía (antipathia en Plinio):
   antípoda (antipodes en Salustio);
   antiscio (antiscius);
   antispasto (antispastus);
   antistrofa (antistropha o antistrophe; el acento es ana-
lógico de estrofa);
   antítesis (antithesis en Carisio):
   antitético (antitheticus):
   antiteto (antitheton):
   antonomasia (antonomasia en Quintiliano);
   antracita (anthracītis en Plinio, pero cf. lo dicho sobre
ampelita):
   ántrax (anthrax en Vitrubio);
   antro (antrum en Virgilio);
   antropófago (anthropophagus en Plinio);
   antropomorfita (anthropomorphīta en san Agustín);
   apatía (apathia en Gelio):
   ápoca (apocha);
   apocalipsis (apocalypsis en Tertuliano);
   apócema (apozema);
   apócope (apocopa o apocope);
  apócrifo (apocryphus en Tertuliano);
  apodíctico (apodicticus en Gelio):
  apódosis (apodosis en Donato):
  apogeo (apogeus en Plinio);
  apógrafo (apographon en Plinio);
  apologético (apologēticum en Lactancio);
  apología (apología en san Jerónimo);
  apólogo (apologus en Plauto);
  apoplejía (apoplexia en Orosio);
  apoplético (apoplecticus);
  apostasía (apostasia);
  apóstata (apostata en Tertuliano);
  apostema (apostēma en Plinio);
```

```
apóstol (apostolus en Tertuliano);
   apostólico (apostolicus en Tertuliano):
   apóstrofe (apostrophe en Quintiliano):
   apoteca (apothēca en Cicerón):
   apotegma (apophthegma);
   apoteosis (apotheōsis en Tertuliano);
   áqueta (femenino frente al masc. ācheta de Plinio);
   arcángel (archangelus en Tertuliano);
   arcediano (archidiaconus en san Jerónimo):
   arcipreste (archipresbyter en san Jerónimo):
   arconte (archon en Cicerón):
   árctico v ártico (arcticus);
   archimandrita (archimandrita en Sidonio):
   architriclino (architriclīnus en la Vulgata):
   archivo (archīum y archīuum);
   areopagita (Arēopagītes o Arēopagīta);
   areópago (Arēopagos);
   argadillo (a partir del ergata de Vitrubio);
   argemone (argemone en Plinio);
   argonauta (Argonauta);
   aristoloquia (aristolochia en Cicerón):
   aritmética (arithmética en Vitrubio);
   aritmético (arithméticus en Cicerón):
   armonía (harmonia en Lucrecio), armónico (harmonicus
en Varrón):
   aro, nombre de planta (aron en Plinio);
   aroma (arōma en Columela), aromático (arōmaticus),
aromatizar (arōmatizāre en la Vulgata);
   arpía (Harpyia);
   arquetipo (archetypus en Lucilio; el acento, incorrecto
como en prototipo, etc.);
   arquisinagogo (archisynagōgus);
   arquitecto (architecton o architectus en Plauto); arqui-
tectónico (architectonicus en Vitrubio);
   arras (arrha en inscripciones; en arrabón nadie utiliza
ya la grafía con espíritus suave y áspero);
   arsénico (arrhenicum o arsenicum);
  artemisia (artemisia en Plinio);
   arteria (artēria);
  artético y artrítico (arthrīticus en Cicerón);
```

```
artimón (artemo en Lucilio);
   artritis (arthrītis):
   Arturo (Arctūrus en Plauto):
   arzobispo (archiepiscopus):
   asbesto (asbeston y asbestos);
   ascáride (ascarida):
   ascio (ascius en Plinio):
   ásciro (ascyron en Plinio);
   ascitis (masc. ascītes; aquí el sufijo correspondiente a
enfermedades ha suplantado al primitivo en palabra que
significa «hidropesía»);
   asfalto (asphaltus);
   asfódelo (asphodelus en Columela);
   asilo (asylum en Cicerón);
   asindeton (asyndeton en Donato):
   asma (asthma en Plinio), asmático (asthmaticus también
en Plinio):
   aspálato (aspalathus);
   áspid (aspis en Cicerón);
   asteísmo (asteismos en Carisio):
   asterisco (asteriscus en Suetonio):
   astrágalo (astragalus en Vitrubio);
   astrología (astrología en Cicerón); astrológico (astrolo-
gicus en Boecio); astrólogo (astrologus en Ennio);
   astronomía (astronomia en Séneca); astronómico (astro-
nomicus): astrónomo (astronomus):
   ateneo (Athēnaeum):
   ateo (atheos en Minucio Félix: nótese el acento in-
correcto);
   aticismo (Atticismus), ático (Atticus);
   Atlántida v Atlas (Atlantis v Atlas; en la voz atlante se
remite a lat. atlantes cuando sería mejor referirse otra vez
a Atlas):
   atleta (athlēta en Cicerón, hay errata en el gr. athlētés),
atlético (athleticus en Celso);
   átomo (atomus en Plinio);
   atrofia (atrophia);
   augita (augītis en Plinio; cf. lo dicho sobre ampelita);
   aura (aura en Ennio):
   auricalco (aurichalcum y orichalcum);
```

austero (austērus en Cicerón);

auténtico (authenticus en Tertuliano);

autóctono (autochthon):

autógrafo (autographus en Suetonio);

autómata (automatus en Vitrubio; el correcto autómato fue suplantado por el galicismo en el s. XVIII);

avestruz (de auis y strüthio, no *strutio como dice el DLE);

axioma (axiōma en Apuleyo);

ázimo (azymus; el acento sigue al griego, no al latín).

No hemos encontrado, en cambio, el antecedente latino, al menos en lo clásico, de anteco, antropomorfo; arcaico, arcaismo; aristocracia, asceta, atonía y autonomía, todos los cuales tienen base en el griego clásico.

Tampoco de anagrama, al que luego me referiré. Chocantes resultan aforisma y aporisma «tumor»: aphórisma con tal sentido no aparece, ni *apórisma en ninguno, y en latín no hay nada aprovechable.

En cuanto al término arquitectónico apófige, del s. XVIII, se basa en una lección de Vitrubio, apophygis, que correspondería a un *apophygé inexistente en griego; pero hoy los diccionarios latinos prefieren leer apophysis, del que sí existe antecedente apóphysis. Quizá ésta sea una de las faltas mayores del DLE si se exceptúa la etimología del híbrido botánico aizoáceo, en que se hace referencia al latín aizōon y luego, con errata además, al adj. gr. aithōn «ardiente»: en realidad se trata de la palabra aeizōon, Sempervivum tectorum L., citada por Plinio en latín.

Paralelamente parece que tampoco deberán remontarse más allá del árabe las etimologías en que el vocablo haya pasado al castellano desde el griego a través de dicha lengua; tanto más cuanto que en ocasiones la evolución no está clara. Pero carezco de competencia para opinar en este campo y me limitaré a indicar que forman este apartado las palabras abenuz (en gr. ébenos hay una errata), adelfa, alatrón, albéitar, alcaduz, alcartaz, alfinge; alfóndega, alfóndiga y alhóndiga; alfóncigo, alfóstigo y alfóstiga; aliara, almáciga, almagesto, almaro, alquequenje, alquimia, altramuz, anfión; atriaca o atríaca (que pueden haber venido por falso corte del artículo frente a triaca, al lado

de la cual debería haberse admitido tríaca), atún, azándar y azufaifa. El caso de almizcle o almizque es particular, pues el ár. misk y el gr. móschos se remontan ambos al persa mušk.

Ocurre con bastante frecuencia que el DLE, después de señalar la palabra griega que sirve de origen a la castellana, pasa a indicar a su vez los componentes etimológicos de la primera. Esto es innecesario y peligroso, pues, al no ser helenistas profesionales los redactores de los artículos, no han podido evitar el jugar algo irresponsablemente con vocablos v etimologías. Todos recordamos los dislates que en este sentido presentaban los viejos manuales con sus afirmaciones de que fisiología viene de *físios «naturaleza» y *logía «estudio». En el DLE no hay apenas errores de este tipo, salvo los que ya he mencionado: agregaré alguno más. En la voz ácigos se citan como elementos etimológicos el prefijo negativo y un supuesto zygós; en anafrodisia, al mismo y un supuesto *aphrodisia; en apirexia, un fantástico *apyretikós; en anofeles (el acento es anómalo), otra vez dicho prefijo v un inexistente *óphelon: pero lo más grave es que en alción se escriba, en relación con el original griego de la palabra, halkyón, que ha suplantado al correcto alkyón precisamente en función de la legendaria etimología que recurre a háls y kyō, porque se contaba que el ave ponía sus huevos en el mar.

Abundan también las erratas, como en las voces acromion (ōmos), agnosia (agnōsía), alalia (a- y laliá), amnesia (mnēsis), anorexia (anorexía), Antares (Árēs), apátrida (a-), ápodo (ápous), ápside (donde se prescinde del lat. absis y se escribe mal la terminación de genitivo -ídos eligiendo la forma no psilótica hapsís, mientras que ábside ofrece la psilótica apsís), a lo que añadiré, aunque no pertenecen estrictamente a este capítulo, las faltas registradas en las voces abraxas (abráxas) y antropo- (ánthrōpos). Y también hay irregularidades en el aspecto de la formación de palabras.

Por ejemplo, los adjetivos del tipo de acéfalo, áfilo (donde el acento como diré, exigiría afilo), áfono (recuérdese lo dicho sobre antífona), álalo (con errata en a-), amorfo, anhidro, apétalo, áptero y átono no ofrecen gran problema, pues se supone el correspondiente sustantivo con el prefijo negativo; pero en los abstractos correlativos (abulia, acinesia, adinamia, afasia, analgesia, anarquía, anemia, apepsia, apnea, aporía, asfixia, ataraxia y ataxia; nótense varios acentos anómalos en la -i- y añádase ambrosía o ambrosia) hay ya un verdadero caos en que alternan, como base etimológica del sustantivo, el adjetivo correspondiente, el prefijo con un sustantivo o el mismo con un verbo, como en el caso del primero, relacionado con boúlomai.

Desorden parecido (verbos activos y medios, adjetivos) reina en el sector de los derivados de abstractos en -sis (aféresis, amaurosis, anagnórisis, análisis, anhidrosis, anquilosis, apocatástasis, aponeurosis). Y algo similar podríamos decir de casos en que, repito, lo mejor sería limitarse a señalar la palabra griega básica: acrópolis, acróstico, acrostolio, acústico, adéfago, ágora, alantoides, alopatía, ambliopía, anaglifo, anécdota, aneurisma, ánodo, antera, anticresis, antilogía, antiperístasis, antología, aoristo (la derivación de a- y horistós es particularmente desafortunada), aorta, apóstrofo, archipiélago, areóstilo (recuérdese lo dicho sobre anfipróstilo), argadillo, arqueología, ascético, asíntota, asténico; asterismo, asteroide, astrolabio; autocracia (acento anómalo frente al normal de democracia, etc.), autócrata; automatismo y autónomo.

Es notable la confusión en torno a *autarcía* o *autarquía* «autosuficiencia»: el *DLE* relaciona el primero con *autarkía y el segundo con *autárkeia*, pero aquella voz no existe, de modo que el acento es normal, mientras que, en cambio, *autarquía* «autogobierno» tiene acento anómalo, como derivado de *autarchía*.

Entramos finalmente en el capítulo a mi entender más importante, que es el de las palabras que nunca han existido en griego clásico ni bizantino y, sin embargo, han sido tomadas por vía culta para la creación de neologismos técnicos. Es muy necesario separar bien en los léxicos éstas de las otras, y para ello conviene no dar nunca el nombre de la palabra griega básica aunque esté clara, sino recurrir siempre a los sufijos o segundos términos de compuestos que por analogía han intervenido en la creación. Aquí lo mejor será lanzarme sin más a dar ejemplos.

El sufijo -ikós no ya sólo en castellano, sino también en latín y en el propio griego tardío, había sido muy empleado para estos fines analógicos. Así, cuando llegue a amílico diré que procede de amylum y de un -ico analógico de palabras griegas realmente existentes; y lo mismo haré con aórtico respecto de aorté. Como modelos para la analogía nos pueden servir, dentro de este mismo estudio, las citas acústico, artrítico, ascético y asmático; y, si queremos irnos a las listas médicas de la Sra. Morales:

Agónico, béquico, bubónico, catártico, cefálico, clínico; colérico, cólico; crítico, dermático, dietético, drástico, emético, entérico, espástico, esplénico, farmacéutico, físico; flemático, flemónico; héctico, hemático, hepático, hipnótico, histérico, ictérico, mayéutico, narcótico, nefrítico, neumónico, oftálmico, orgánico, pleurítico, ptármico, reumático, séptico, somático, terapéutico, tetánico, tísico, tónico, torácico, tóxico, traumático, urético y yátrico frente a los neologismos ascítico, cigomático, cirrótico, cístico, clástico, clorótico, dérmico, esclerótica, esquelético, flogístico, gástrico, herpético, maniático, miasmático, micótico, neurótico, onírico, pícnico, raquítico y tífico.

Para adenitis recurrimos a adén «glándula» más un sufijo -itis; y para aortitis procederemos paralelamente. Si queremos nombres antiguos de enfermedades inflamatorias, ahí están la ya citada artritis con blefaritis, esplenitis, frenitis, hepatitis, nefritis y pleuritis; y como analógicos modernos:

Bronquitis, cistitis, colitis, dermatitis, didimitis, enteritis, estomatitis, faringitis, flebitis, gastritis, laringitis, mastitis, meningitis, metritis, neuritis, orquitis, ostettis, otitis, pielitis, raquitis, rinitis, traquettis y uretritis.

El antecedente de ascetismo no consta en griego; su origen podrá fijarse en una formación paralela a la del adjetivo askētikós con un sufijo -ismo que hemos hallado en arcaismo, asterismo y aticismo. En el campo médico nos salen al paso formas antiguas como:

Eretismo, estrabismo, gargarismo, hidatismo, idiotismo, neumatismo, priapismo, reumatismo, sinapismo, tialismo, timpanismo y traumatismo; y, en calidad de formaciones

analógicas, artritismo, herpetismo, histerismo, latirismo, nanismo y raquitismo.

Antes hablaba de las formas originarias *amaurosis* y *anquilosis*, cuyo sufijo denota enfermedad; añádanse a ellas las también griegas:

Carcinosis, cenosis, cianosis, cirrosis, esclerosis, escoliosis, estenosis, fimosis, flogosis, hematosis, lordosis, narcosis, necrosis, oncosis, psicosis, sicosis, trombosis; y las analógicas clorosis, dermatosis, espondilosis, hipnosis, mitosis, neurosis y queratosis.

Y, puesto que la A no nos da pie para hablar de nosónicos analógicos en -ia del tipo de difteria, histeria, ictericia y presbicia, terminemos el capítulo de los sufijos con el -oma indicador de tumores y tan de moda hoy por el «tabú» en que está cayendo la palabra cáncer: establezcamos adenoma y angioma como formados con adén y angeion «vaso» y el sufijo; y recojamos, en calidad de formas ya antiguas:

Carcinoma, cefaloma, celoma, cigoma, escolioma, escotoma, esferoma, estafiloma, esteatoma, glaucoma, helcoma, hidroma, leucoma, oncoma, pelidnoma, pelioma, pladaroma, poroma, racoma, sarcoma y sicoma; y, como neologismos, blastoma, cistoma, cloroma, condroma, coproma, dacrioma, glioma, hamartoma, hematoma, hepatoma, higroma, hiloma, histeroma, histoma, lepidoma, leproma, lipoma, malacoma, melanoma, mieloma, mioma, mixoma, monoma, neuroma, odontoma, onicoma, osqueoma, osteoma, psamoma, queratoma, quistoma, sifonoma y tracoma.

Una última curiosidad en relación con los sufijos: el error del *DLE* al empalmar directamente el término minero agogía con el lat. agōge y gr. agōge. Se trata, por el contrario, de una formación técnica artificial en que se ha abstraído, para el concepto «conducción», un segundo término bien conocido por el citado anagogía y demagogia, pedagogía, psicagogía, etc., de las que sólo la segunda se atiene al acento latino que juzgamos normativo.

Pasemos ahora a la esfera de los compuestos analógicos. El sistema que convendrá seguir será similar. No puedo, naturalmente, hacer un estudio de todas las infinitas modalidades. Me detendré, a guisa de ejemplo, en tres clases de compuestos negativos.

Los adjetivos comenzados por prefijo negativo y terminados en -ico son bastantes; y su clasificación comprende cuatro grupos. Ante todo, un tipo profundamente extraño al genio de la lengua griega en que, para indicar que algo no posee tal característica, se yuxtapone simplemente la partícula al adjetivo positivo. Ahora bien, en griego clásico nunca se habría dicho *atoxikós, sino mè toxikós; ni *asēptikós, sino mè sēptikós. El caso es que tal es el uso en formaciones analógicas, modernas y técnicas como acromático (chrōmatikós), anepigráfico (epigraphikós), atóxico, aséptico, aplanético (planōtikós). En este grupo, la etimología debe ser indicada como neologismo a base de los dos elementos que claramente se contienen en cada uno.

El segundo se forma por anteposición del prefijo en el lugar en que palabras griegas clásicas ostentaban, por ejemplo, preposición, analogía que habrá que hacer constar en la anotación etimológica: agnóstico según diagnōstikós, del que tenemos también diagnóstico; astático según diastatikós.

El tercer grupo es aquel en que se modifica con el sufijo -ico un sustantivo negativo abstracto existente en lo clásico: analgésico (analgēsia), anémico (anaimía).

Y, finalmente, en el cuarto grupo dicho sufijo es yuxtapuesto, con analogía más lejana, a un sustantivo de la familia a que se quiere hacer referencia: afásico (a- y phásis), astigmático (a- y stigma). Todas estas peculiaridades deben ser recogidas en el capítulo etimológico. Y el procedimiento puede ser aplicado a cualquier serie. Por ejemplo, los sustantivos negativos analógicos en -ismo de la A ofrecen muestras de los grupos tercero (analfabetismo de analphábētos) y cuarto (acosmismo de a- y kósmos; astigmatismo de a- y stigma); los en -ia del mismo tipo, modelos del segundo (agrafia a partir de syngraphía; asepsia a partir de eusēpsía; anuria a partir de lipsouría) y del tercero (adipsia sobre a- y dipsa); etc.

Repasemos a continuación algunas familias de compuestos propiamente dichos para observar sobre qué bases pueden o deben ser establecidos los neologismos, con lo cual evitaremos monstruosidades paralelas a las que, examinando el material sufijal, señalaba la Sra. Morales en el léxico médico:

Corionitis (en vez de coritis), edeoítis (edeítis), elitroítis (elitritis), escolopsia (escolopia), fagedenia (fagedena), gonitis (gonatitis), inositis (initis), micosis (micetosis), mionisis (miísis), miositis (miítis), neumosis (neumonosis), opósico (ópico), pireticosis (piretosis), tenositis (tenontitis), etc.

Comencemos por los sustantivos femeninos y anotemos que de las palabras en -algia, de acento correcto, hemos hallado aquí un analógico artralgia: el griego ofrece trece vocablos que cubren muchos campos del organismo, como los pies, corazón, cabeza, muelas, hombro, matriz, manos, lengua, oídos, cadera, etc.

De las en *-emia*, de acento también correcto, tenemos el analógico *azoemia* y hemos citado *anemia*: el inventario griego es aquí corto, con sólo otras cuatro palabras referentes a abundancia o escasez de sangre.

El acento del analógico alergia es incorrecto: no así el de energía, palabra junto a la que existen en griego tres compuestos suyos, anérgeia y formaciones en dys- y eu-.

Al analógico aerofagia, con acento correcto, responden infinidad de formaciones griegas que designan el hecho de comer toda clase de cosas y personas; existe incluso la doxophagía o afán de tragarse la gloria, así como también otras palabras para maneras de comer (lo de otro, lo necesario únicamente, lo crudo, en común, uno sólo, cosas repugnantes, lo seco, etc.). La adefagia, procedente directamente de palabra griega, está en nuestro sector del diccionario.

La fobia, con acento correcto, es innovación moderna abstraída de los compuestos; la aerofobia y agorafobia son analógicas; el sector de fobias, como corresponde a una sociedad psíquicamente sana, es reducido en griego. La aphobía o falta de temor; designaciones de la hidrofobia e higrofobia o temor a lo húmedo; y nada más.

En cambio, *filia* procede del gr. *philia* «amistad, amor»: hay infinidad de voces en *-philia* cuyos equivalentes ostentan acento correcto, pero no hemos encontrado ninguno en la A.

Es incorrecto el acento de voces como las analógicas afonía y apofonía: en griego hay multitud de abstractos relativos a las modalidades de la voz, de entre los que entresacamos los antecedentes de eufonía, microfonía (que designa, claro está, sólo la debilidad de la voz), polifonía (con referencia a flautas o aves, pues las personas cantaban al unísono) y sinfonía (con su derivado popular zampoña, cuyo acento es correcto).

Incorrecto también, el acento de los analógicos ampelografía, anemografía, antropografía, arteriografía y artrografía; la palabra graphía está solamente en una glosa, pero el capítulo de derivados en -graphía asciende a la cifra de 77, entre ellos los antecedentes de:

Bibliografía, biografía, caligrafía, cronografía, escenografía, geografía, historiografía, iconografía, logografía, mitografía, ortografía, topografía.

Igualmente incorrecto, el acento de las voces en -logía, de las que son analógicas adenología, agrología, angelología, angiología, antropología, aracnología, arteriología, astrología. La voz logía es dudosa y además se relaciona con el significado «recoger» de légō, como también muchos compuestos, por lo cual la cifra de 173 palabras griegas de este tipo está exagerada. Señalemos los antecedentes de:

Analogía, antilogía, antología, apología, arqueología, astrología, braquilogía, cronología, doxología, enología, etimología, etiología, filología, fisiología, genealogía, meteorología, metrología, mitología, osteología, patología, tecnología, teología, teratología, tetralogía, trilogía.

Tampoco está de acuerdo con las normas latinas el acento de -mancia (pero la Academia autoriza -mancía). El alectomancia del DLE es una malformación que debería desaparecer ante alectoromancia, voz analógica; en griego hay 27 vocablos de este tipo, entre ellos los antecedentes de aeromancia, necromancia, ornitomancia. El simple manteía «adivinación» es muy común.

Ni lo está el de -manía, segundo elemento de palabras analógicamente formadas sobre el existente manía «locura» y de que en la A sólo he hallado un híbrido anglomanía.

No son muchas las manías que registra el léxico griego: 23 centradas en las codornices, el amor de varios tipos, los dioses, las piedras, el oro, el arte músico, la fama, los caballos...

Ni el de los analógicos en -metría (actinometría, anemometría, antropometría). Los términos genuinamente griegos son veinte, entre ellos la ya citada ametría y los antecedentes de colometría, estereometría, geometría.

Sí, por el contrario, el de los analógicos en *-patía*, como adenopatía y artropatía. En griego, cuarenta voces de este tipo, entre las cuales destacan los antecedentes de alopatía, antipatía, apatía y simpatía.

Ahora algunos adjetivos y sustantivos, masculinos o neutros en griego. Ante todo, frente a los analógicos aerobio, anaerobio y anobio, multitud de ellos referentes a hombres que viven de tal o cual manera: así makróbios «longevo», pero no el antecedente del también analógico microbio; y adjetivos zoológicos como anfibio.

La palabra képhalos designa un pez; sus derivados analógicos son muchos en nuestra lengua, como acantocéfalo; 55 palabras griegas están formadas así, de las que elegimos los antecedentes de acéfalo, cinocéfalo, encéfalo e hidrocéfalo.

Entre los 34 compuestos griegos con dáktylos «dedo» en segundo término hay muchos referentes al pie métrico, de los que hemos citado aquí el antecedente de antidáctilo; son analógicos artiodáctilo y un sinfín de otros.

Es difícil sistematizar los muchos compuestos griegos en -dromos, donde se mezclan los adjetivos proparoxítonos con los más abundantes paroxítonos, que indican que un ser corre de cierto modo. Entre los primeros figura el antecedente de hipódromo; entre los segundos, aerodrómos, que en un papiro mágico significa «que vuela por el aire», de modo que aeródromo y sus afines resultan ser en castellano analógicos todos. También existe drómos «carrera».

La voz phágos «glotón» aparece en san Mateo. Antófago es analógico. Los antecedentes de adéfago, antropófago, esófago, ictifago (que así debería ser y no ictiófago), necrófago y sarcófago son clásicos.

Las voces analógicas anemófilo y el híbrido anglófilo dan pie para referirnos al conocido philos «querido, amigo» y sus 32 compuestos, entre ellos nombres propios como los antecedentes de Dífilo, Pánfilo y Teófilo.

Pero no hay que confundir estos derivados en -philos con los en -phyllos a partir de phyllon «hoja», que deberían llevar acento en la penúltima. Resulta, pues, correcto el acento del analógico anisofilo, e incorrectos, en cambio, los de áfilo, formado a partir de áphyllos, y el popular trébol, sobre tríphyllos.

A partir de *phóbos* «miedo» encontramos 19 adjetivos en *-phobos*, de los que señalamos el antecedente de *hidrófobo* y a los que responde como analógico el híbrido *anglófobo*.

Hay muchos derivados en -graphos, pero suelen referirse a documentos, como los antecedentes de apógrafo y autógrafo, y no a aparatos para escribir o describir, cuales son los analógicos actinógrafo, anemógrafo y astrógrafo.

Menos abundantes, en cambio, resultan ser los en -gramma, alusivos también a escritos y procedentes del simple grámma, que tal significa; el analógico aerograma viene a sumarse a anagrama, diagrama, epigrama y programa, derivados de otras tantas palabras griegas.

No podía esperarse que estuvieran en griego los antecedentes de los analógicos *aerolito* y *astrolito*, pero sí el de *monolito* y otros. El acento es incorrecto, pues es breve la penúltima de *líthos* «piedra».

En los adjetivos en -logos o -lógos que designan especialistas hay mucha confusión, pues interviene aquí la acepción «recoger» de légō. Es analógico asiriólogo; existen en griego los antecedentes de antólogo, antropólogo, astrólogo, biólogo, cronólogo, fisiólogo, geneálogo, meteorólogo, mitólogo, ornitólogo, osteólogo, tecnólogo, teólogo (hay que evitar, entendemos, antologista, cronologista, genealogista y mitologista, feos y reiterativos); designan escritos los antecedentes de apólogo, catálogo, decálogo, diálogo, epílogo, prólogo, y son simplemente adjetivos los de análogo y homólogo. Y no olvidemos al simple, nada menos que lógos.

Frente a la abundancia de analógicos del tipo de acti-

nómetro, aerómetro, anemómetro, areómetro, aritmómetro y axiómetro no era de esperar que aparecieran muchas palabras griegas designando otros aparatos de medición que los muy simples recipientes del tipo de métron: solamente el antecedente de hodómetro, que corresponde a un genial invento alejandrino.

El analógico *actinomorfo* responde a voces griegas de las que entresacamos los antecedentes de *amorfo* y *antro-pomorfo*.

Otra familia hoy próspera es la que dio hace tiempo el analógico aeronauta y más tarde astronauta y cosmonauta; en su base está el singular naútēs, y con él los antecedentes de argonauta y otras palabras. Un karyonaútēs navega en una nuez en la Verdadera historia de Luciano, y un strongylonaútēs dirige una nave de las llamadas redondas en Aristófanes.

Los adjetivos en -eidés son muchos, entre ellos los antecedentes de alantoides, antropoide, aritenoide y asteroide; es analógico androide.

Los derivados en -pous, a partir de poús «pie», causaban dificultad; afortunadamente, ya en lo tardío empiezan a aperecer tímidamente nominativos como tetrápodos y émpodos, lo cual ha originado analógicos como artrópodo y anfípodo; el antecedente de ápodo está en ápous y en el lat. apūs de Plinio.

De los bien conocidos nombres de insectos son griegos los antecedentes de áptero, coleóptero, diptero, himenóptero y ortóptero; y analógicos, por ejemplo, afaníptero y arquiptero.

Verdaderos instrumentos ópticos son ya el meteoroskópion, hydroskópion y horoskópion, mientras que proskópion designa una visera y kataskópion una nave observadora; es analógico anemoscopio.

Y así podríamos continuar indefinidamente. Ponemos, pues, fin a esta relación llamando la atención a los futuros etimólogos (no etimologistas) para que tengan en cuenta estos factores a la hora de definir exactamente el origen griego de las palabras castellanas.

MANUEL FERNANDEZ-GALIANO